

Las apetencias y el deseo. Notas sobre el sentido y los sentidos

Carlos Moguillansky

De un tiempo a esta parte, la sexualidad se convirtió en un asunto de actualidad. No se trata de un fenómeno nuevo. La polémica originada por las llamadas neo realidades del sexo instaló un debate respecto de cuál sería el atractor de las mismas. Su argumento sostuvo que nuevas realidades exigen nuevas causas; entonces los paradigmas de la ciencia deben atestiguar esa novedad político-sexual que impulsan. Un eco similar surgió en la etología, luego con la neurociencias y finalmente con la antropología. Se discute el psicoanálisis en general y el *C. de Edipo* en particular desde una posición que atiende esos reclamos en parte políticos – vinculados al poder de las minorías de USA y Europa- y en parte originados en la nostalgia de la ciencia positiva. Una discusión sobre el Edipo debe definir los términos en que se da el debate y cuáles propuestas científicas se sostienen.

No es gratuito decidir cuál es el terreno del estudio de la subjetividad ni homologar sus distintas expresiones en el campo intra, inter o trans-subjetivo. Cada una de esas expresiones tiene su campo, su complejidad y sus reglas. No pueden verse como hechos de una misma estirpe el deseo individual, la subjetividad vincular y la subjetividad de un grupo social -una multitud o la comunidad organizada. Esas diferencias requieren la pertinencia del psicoanalista, del terapeuta vincular y del antropólogo. El sujeto y su deseo son instrumentos conceptuales que definen con precisión esas manifestaciones. Su rol en el caso individual es insoslayable, pero en el vínculo hay un énfasis de la realidad vincular y en su expresión social sólo resulta evocativo como espíritu de época -Geist- pues el deseo del sujeto es superfluo en la subjetividad de la multitud. La noción de subjetividad nombró cosas distintas. Al homologar las distintas subjetividades como dimensiones de una misma expresión se introdujo una ambigüedad conceptual, cuyo resultado exige una discusión sobre el rol del deseo.

La irrupción del psicoanálisis introdujo un nuevo paradigma sobre la motivación humana. Ésta dejó de ser un acto natural –originado en el instinto- y un acto cultural –signado en el mandato social. La doble inserción del ser humano en su cuerpo natural y en su arraigo cultural generó la idea de la pulsión -*Trieb*- cuya naturaleza no deja de cuestionar al ideal de la ciencia positiva ni por la misma razón deja de ser cuestionada por ella. Las ideas de pulsión, de *Complejo de Edipo* y de motivación inconsciente mantienen un debate abierto con la academia desde el inicio de nuestra ciencia. Se cuestiona al psicoanálisis un reduccionismo pansexual y se busca horadar su fundamento desde diversos ángulos. Se discute la sexualidad, lo edípico y lo inconsciente desde las razones del orden vital, desde los atractores sociales y desde la etología y las neurociencias. Ese debate abierto se presenta en el terreno de las ideas y en el de las prácticas clínicas con una verdadera epidemia de diagnósticos originados en el cognitivismo, en la medicalización clínica y en el recurso al diagnóstico neurológico del autismo, del “toc”, del ADD y del *panic attack*, con los que se han rebautizado las nociones psicoanalíticas. Al discutir el Edipo se discute la naturaleza de los

trastornos que vemos en el consultorio y se discuten las prácticas –profesionales y profanas– que se realizan con ellos.

La presencia del sujeto como eje del deseo introduce una crucial diferencia entre el deseo edípico –descrito por Freud (1900, 1919)– y los motores psíquicos presentes en la subjetividad vincular y social. No se niega la existencia de apetencias distintas al Edipo: el narcisismo, la rivalidad fraterna, el deseo de poder, etc. pero estas apetencias transitorias tienen en el deseo edípico a su organizador nuclear. Ni niega el rol de las pseudo pulsiones –culpa, vergüenza y afectos de represión– pues ellas derivan del mismo. Tampoco se niega la compulsión de repetición, cuando la transferencia busca ligar el sinsentido en una significación. Esos vectores impulsan al aparato anímico, pero él depende del *C. de Edipo* para su semántica deseante, siempre y cuando se respete su autonomía relativa, que lo protege de las influencias externas: la imposición del poder (J. Butler), la dominación simbólica (P. Bourdieu), las vicisitudes sociales, la guerra y las crisis económicas, etc. Esos vectores externos son parte de la inserción del individuo en sistemas de mayor complejidad, a cuyas reglas él se somete. El *C. de Edipo* sostiene, sin embargo, su nivel de autonomía y organiza la propia subjetividad en un deseo singular aun en el seno de esas influencias. El poder del débil, la estrategia de las minorías o el aislamiento en la intimidad emotiva explican la relativa autonomía que logra el individuo a pesar de todo. No hay una oposición entre ellos y el deseo edípico, sino una sinergia positiva o negativa según los casos. El auge de la terapéutica grupal, vincular y familiar comprobó que otros motores psíquicos se agregan al deseo edípico de la subjetividad individual. La polémica se enciende cada vez que se intenta dar una explicación generalizada a fenómenos de distinto nivel de organización, debido a la extrapolación inválida de campos de observación inconmensurables. El *C. de Edipo* está en aparente conflicto con la máquina deseante, que conciben Deleuze y Guattari en *Capitalismo y Esquizofrenia: Anti Edipo y Mil mesetas*. El rizoma –propuesto por esos autores (Ibíd.:9-33)– es una trama semiótica sin comienzo ni fin, cuya proliferación tiene en *n-1* su algoritmo principal. *N-1* indica la falta de una clausura, pues ella es una representación-señuelo que escamotea la proliferación multi –direccional del rizoma. *N-1* se realiza efectivamente en el rizoma del campo social, donde la “unidad de estudio” es el conjunto indiferenciado de individuos subsumido en la multitud. En la multitud, cada ser humano es indistinguible de cada hormiga en un hormiguero y su condición de sujeto deseante es irrelevante¹. Algo similar se discute al sostener que la *imposición* (acuñada por J. Butler para definir la pertenencia de género, nacionalidad, edad, estado civil, etc.) es una fórmula de pertenencia social ajena a la transferencia (Berenstein, I. 2000²). Sin embargo se podría discutir si no encuentra en ésta el cimiento de su aceptación, pues la imposición, al definir las relaciones de pertenencia sexual o identitaria encuentra en la transferencia del sujeto impuesto el zócalo de

¹Nota: El esquizoanálisis alude a la esquizofrenia y a su método esquizoide de disociar los problemas. Deleuze abre con él una serie de ideas referidas a la política, la ética y el arte. Polemiza con el psicoanálisis desde su estudio de la producción social de subjetividad y con el marxismo al intentar construir una explicación de la microfísica del capitalismo. Estas observaciones son algo extáticas y sobre simplifican la complejidad en juego. Posiblemente no hay por qué optar entre capitalismo o esquizofrenia. Se detesta y se desea lo mismo al mismo tiempo. Allí reside el enorme poder del uso sutil de la propaganda. No es tan convincente su hipótesis sobre la esclavitud deseada por los hombres, Allí Freud plantó en el masoquismo una tesis difícil de rebatir. ¿Qué subjetividad hace posible que un hombre grite “Viva la muerte”? El deseo no responde a los valores morales, pero eso no autoriza a pensar que el Edipo es funcional con un tipo de Estado y cabe preguntar si el hombre no se sustrae a él cada vez que se refugia en su intimidad emocional para ejercer las migajas de su libertad.

² Berenstein, I.: Panel inaugural en Congreso FEPAL, Gramados, 2000.

referencia subjetiva – aceptación pasiva, rechazo militante o reactivo- a la misma. El C. de Edipo no deja de ejercer su influencia bajo una forma sutil de aceptación sumisa al padre, siguiendo el formato adhesivo o adictivo -según cada caso- de la fantasía masoquista, tan frecuente en los polimorfismos, en la adicción y en las identidades protésicas familiares, sociales e institucionales.

El acceso al lenguaje reformuló la posición del cuerpo que habla y generó una doble pertenencia del cuerpo al reino de las sensaciones, propias de su vida natural, y al reino del sentido, surgido en el lenguaje. Esta doble pertenencia ha permanecido como fuente de una sinergia del sentido de lo propiamente humano -emocional e inteligible- con lo natural que surge y se amarra en la sensación como reacción corporal visceral y en aquello que está íntimamente ligado a la experiencia de los sentidos. Esa ligazón ha sido percibida por el lenguaje que designa con un mismo vocablo al sentido que proviene de los órganos de los sentidos con el sentido que proviene de las palabras. En los cuatro idiomas siguientes: español, francés, inglés y alemán, el sentido y la sensación se nombran con el mismo término –sentido, *sens*, *sense* y *Sinn* respectivamente. Esa confluencia, al igual que las vías del tren, puede dividirse en dos carriles que se separan y perder la sinergia que usualmente las impulsa en una doble y férrea condensación. En esos casos, lo que se experimenta en el terreno del sentido emocional e inteligible se descarrila hacia la sensación corporal natural, que está siempre disponible para ser estimulada. Las vivencias corporales surgidas en la estimulación sensorial dan cuenta del severo trastorno confusional que deriva del traslado de lo emocional hacia lo sensorial, con la consiguiente confusión entre el sentido de las palabras y el sentido de la sensación. Ese hecho disocia patológicamente dos terrenos que nunca debieron separarse.

La inserción humana en el lenguaje lleva el problema más allá del hecho de ser un cuerpo que habla. En su cuerpo se cruzan dos planos de sentido que surgen del uso de la lengua y de la sensibilidad de los órganos de los sentidos. El sentido semiótico de la palabra resuena con el sentido estético propio de los sentidos del cuerpo. Al confluir, estos dos sentidos diversos establecen una profunda sinergia entre sí. La comprensión comunicativa del complejo del semejante se funda allí: “*comprendo que si él grita le duele igual que a mí, y si él ríe goza igual que yo*”. La comprensión inteligible del lenguaje se funda en la comprensión estética que identifica dos experiencias similares. El cuerpo estético –con su vivencia natural, propia de la aptitud sensorial de sus órganos de los sentidos- cimenta la experiencia del lenguaje, sostenida en la semiosis del sentido. Un sentido se funda en el otro y establece con él la profunda sinergia descrita por Freud en *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*. Allí él sostiene que la fantasía –creada en psique- se suelda con el cuerpo del goce y entre ambos ordenan un nuevo sistema de mayor sofisticación: el *cuerpo erógeno*, tributario por igual del sentido de las palabras, ofrecidas en la fantasía y del sentido corporal, ofrecido por los sentidos del cuerpo natural. En el cruce de estas dos realidades humanas –dadas por su arraigo en su cuerpo natural y en el lenguaje adquirido- opera el régimen semiótico del *Complejo de Edipo*. Es un sistema de relaciones sintagmáticas que define lugares de identificación y de ligazón libidinal. Ese régimen es propio de la interacción humana. Él define las reglas elementales de la lengua, en su eficacia en las relaciones de parentesco y en la expresión emotiva. Este incidente fundacional origina la mutua inserción

del logos con el cuerpo e instala tres realidades dependientes entre sí: la palabra, el cuerpo de la naturaleza y el cuerpo erógeno. Este último es el resultado de la interacción sinérgica de los otros dos. Ellos no pierden su autonomía relativa y aparecen cada vez que la intrincación del cuerpo y del logos en el cuerpo erógeno no alcanza a resolver sus tensiones respectivas. El sentido y los sentidos, en su doble acepción retórica y estésica, son un punto de bisagra bidireccional para la progresión hacia la erogeneidad o la regresión hacia los trastornos del sentido.

La eficacia del *C. de Edipo* fracasa en el trauma cuando la transferencia no logra ligar el sinsentido. También falla en los trastornos del cuerpo natural, cuando él es estimulado en las transgresiones adictivas o polimorfos. Si las reglas del *C. de Edipo* fallan, cae la sinergia entre el sentido inteligible de la palabra y los sentidos estéticos de los órganos de los sentidos. En ambos casos el *C. de Edipo* no establece la significación de la interpretación usual de la transferencia. Lejos de ser una atribución *old fashioned* de los analistas, el *C. de Edipo* es la única trama de sentido que dispone la transferencia para interpretar la experiencia.

Los trastornos mencionados -en el logos y en el cuerpo- dan cuenta de la importancia de la función atributiva de la transferencia. Ella interpreta y da sentido a la experiencia actual. Se apoya por igual en las marcas de memoria y en las evidencias sensitivas de su cuerpo natural. Esas dos influencias fundacionales se intrincan en el cuerpo erógeno, en una sólida realidad que podríamos llamar el cuerpo que habla, cuyas formas necesitan por igual del recurso de la palabra y de la certificación sensorial para dar cuenta de su realidad. No deberíamos confundir el cuerpo natural, con sus reglas fisiológicas, el lenguaje con sus reglas retóricas y el cuerpo que habla -erógeno- con sus reglas semióticas que se certifican en el sentido de realidad dado por la sensibilidad corporal.

El *C. de Edipo* se restringe al territorio del cuerpo erógeno, pues fuera de él otros atractores tienen una eficacia mayor. No quiero explayarme sobre las reglas de la fisiología del cuerpo natural ni sobre las reglas políticas de las relaciones intersubjetivas en una multitud humana. Sólo deseo advertir que confundirlas con la eficacia edípica incurre en un vicio metodológico. Tanto la *máquina desiderativa* de Deleuze y Guattari -en las relaciones de sentido originadas en la política intersubjetiva- como la *máquina corporal* de la etología humana se deslizan del plano erógeno hacia un plano sin sujeto. La *máquina intersubjetiva* confunde la subjetividad de una multitud, cuya motivación es ajena al sujeto de cada uno de los seres humanos que la componen, con el deseo erógeno, cuya motivación está arraigada en la sujeción del sujeto a la regla edípica. La *máquina etológica* confunde el atractor corporal con el deseo edípico. Nadie niega la importancia de esos vectores, propios de la multitud y del cuerpo natural, pues ellos influyen en la vida real del ser humano, pero no cabe confundir los diferentes planos que estas distintas organizaciones definen con el deseo del sujeto arraigado en el *C. de Edipo*. El ser humano habita un cuerpo natural -cuya historia disfruta y sufre- y hace lazo social con otros. En ambos casos sufre y disfruta de esas realidades, pero su psique se distingue de ellas en una autonomía funcional regida por su ligazón con el lenguaje y por su referencia a la trama de significación edípica, que urde su sentido. Creo que la polémica actual respecto del *C. de Edipo* debe recuperarse en términos de esa discusión, pues el *Edipo* rige en el terreno del sentido de las palabras y otros atractores se encuentran en el terreno de las sensaciones. El

psicoanálisis no se descamina en esa confusión cada vez que se guía por la transferencia, pero algunos analistas ven el resultado de las sensaciones como una alternativa de sentido al sentido de las palabras y creen advertir en las *neo realidades* una evidencia de esa alternativa. No creo en un debate libre y posible respecto del tema, por el peso de los factores profesionales e institucionales, pero creo que esa decisión define dos clínicas distintas.